

Hasta la cumbre, testamento espiritual. Pablo Domínguez Prieto.
La muerte: la puerta al gozo de la comunión.
12 de febrero. Tarde.

INTRODUCCIÓN

Estábamos en una reunión como esta, en Los Molinos (sierra de Madrid), en una jornada que se llamaba «Reunión de obispos y teólogos». Yo no fui ni por obispo ni por teólogo. Pero allí estaba con algunos obispos y algunos profesores de Teología. Tras la reunión, se invitaba a un personaje de importancia para que nos hablara a todos y en aquella ocasión se invitó a Julián Marías. Hablaba siempre con profundidad. Le conocí personalmente: era un hombre riguroso, serio y con poco sentido del humor. Si le decías una cosa en broma te miraba con extrañeza y más valía andarse con tiento. Pues bien, al llegar el turno de preguntas, uno de los asistentes levantó la mano y dijo: «Don Julián, yo creo que usted nunca habrá tenido delante a tanto obispo y a tanto sacerdote juntos. Pues bien, si tuviera usted que predicarles, ¿de qué les hablaría?». Esta fue la pregunta.

Y Julián Marías primero le miró un poco raro, pero al cabo de unos segundos le dijo: «¡Les hablaría de la muerte!». Y empezó a hablar de la muerte, afirmando: «Ustedes se van a morir. ¿Es obvio, no?». Los asistentes se reían un poco al principio, pero él dijo: «No se rían, no se rían. ¡Es que nadie se lo cree! Todo el mundo vive como si no se fuese a morir. ¡Pues se van a morir!».

A todo el mundo le hacía todavía cierta gracia, a los obispos también, pero insistió: «No puede ser, porque la gente vive como si no se fuese a morir, y eso es muy grave». En efecto, Julián Marías decidió predicarnos sobre la muerte, que es un tema bastante singular, porque es un acontecimiento que ocurre sólo una vez, que después no lo puedes contar, que nadie lo ha contado, pero que, por lo que se ve, es bastante seguro. Lo que no es muy seguro es el momento, pero si uno echa cálculos, por ejemplo, de aquí a ciento cincuenta años, es bastante seguro que, ya sea de una cosa o de otra, los que aquí estamos nos encontraremos un poquito «perjudicados».

¿Por qué digo todo esto? Porque la muerte no es ningún tema. La muerte es la puerta y lo importante es lo que hay detrás: la vida eterna. Por eso es asombroso, porque a lo que nos abre esta puerta es..., ¡qué maravilla!, .. a la vida eterna. Es como si alguien le dijese a un niño: «Mira. Esta es la puerta del Circo Price». El niño se quedaría encantado. Pero si le preguntas: «¿Quieres llevarte la puerta a casa?», responderá que no, que la puerta es lo de menos, que lo que le interesa es lo que hay detrás de la puerta. A veces pensamos demasiado en la muerte sin reparar en lo que hay detrás de la muerte, es decir, lo que realmente significa la muerte. Es verdad que la muerte ha producido muchísima inquietud en muchísimos pensadores. ¡Qué cantidad de filósofos han dedicado gran número de páginas a hablar sobre la muerte, a buscar respuestas y a no encontrarlas! Cicerón y Platón (la vida como meditación para la muerte), Schopenhauer (motor del filosofar y el evento que nos muestra nuestra verdad), Heidegger (el hombre como ser para la muerte)... Sin embargo, dice el Vaticano II en la *Gaudium et spes* (18): «Sobre la muerte hay muchas teorías pero muchos más silencios».

Yo quisiera proponer aquí algunos aspectos que nos hagan pensar en la muerte como algo amigo, es decir, pensarla como la Hermana Muerte, porque alguien amigo es quien nos trae algo bueno. La muerte, una vez que ha sido asumida por Cristo, ya no nos trae nada malo, sino al contrario, nos trae algo... muy bueno. Claro que alguno me puede decir: «Y tú, ¿cómo lo sabes?». Pues... no se lo voy a responder, porque esto ya son cuestiones particulares.

Nunca olvidaré lo que me decía don Antonio Palenzuela, obispo de Segovia, que en paz descansa (también se murió. ¡Esto es una epidemia!), un día que fui a verle, siendo ya él mayor. D. Antonio había sido profesor de Metafísica donde yo doy clases de Filosofía y le dije: «D.

Antonio, soy sucesor suyo, porque doy clases de Metafísica donde usted las daba en Madrid». Entonces me respondió: «De sucesor mío, nada. Tú, ¿a qué hora das clase?». «Pues por la mañana», le contesté. Entonces me dijo: «Pues yo las daba a las cuatro de la tarde, y explicar Metafísica a las cuatro de la tarde no lo ha hecho nadie después de mí». «Efectivamente », le dije. Y concluyó: «Así que yo no tengo sucesor. Y es que para explicar Metafísica a las cuatro era necesario contar muchas anécdotas y chistes». Yo no me imagino a D. Antonio contando chistes, pero los contaría. Por eso, a estas horas de la tarde les estoy contando alguna anécdota de más, porque si no alguien podría entrar en cierto sueño... ¡y no me refiero al eterno!

Las primeras veces que estuve en Alemania a causa de mis estudios, me alojé en casa de un jesuita que estaba allí atendiendo a unas misiones y que tenía su casa en un asilo. Me alojó muy generosamente, porque al principio no me conocía de nada y, aun así, me dejaba su casa. Así que le tomé mucho afecto y él también me lo tomó a mí. Era un jesuita español, vasco, un tipo estupendo... (Falleció ya hace tiempo... Esto va mal). Recuerdo que, estando en Münster, Westfalia, ciudad de la que estoy enamorado y con la que estoy muy familiarizado, mi amigo jesuita andaba mal del corazón.

Siendo yo ya sacerdote, me anunció que iba a pasar por una operación de corazón de esas de las que salir vivo era un milagro. De modo que me fui a acompañarle y en realidad casi a despedirme. Era muy alegre y chistoso, pero el médico, un médico alemán de Westfalia, de esos que son implacables, le había dicho que tenía sólo un diez por ciento de posibilidades de salir vivo de la operación. Lo que él acogió diciendo: «¿Diez por ciento? No está mal». El caso es que lo normal en esta situación era despedirse de todo el mundo y por eso me dijo que entrar en la sala de operaciones era poco menos que entrar en la antesala del cementerio. Y es lo que hizo: se despidió de todos.

La operación fue larga, enormemente larga. Todos nos fuimos a dormir por indicación del Sr. Obispo, quien al despedirnos nos dijo: «Si muere, mañana os lo comunicamos, y si vive, mañana lo verán». A la mañana siguiente nos acercamos todos al Franziskus Hospital y preguntamos cómo había transcurrido la intervención. Nos dijeron que no se había muerto, sino que seguía en la UCI, en cuidados intensivos.

Estaba totalmente inconsciente y nos dijeron que, si aguantaba, estaría así tres días y que a continuación comenzarían a despertarle. Afortunadamente, a los tres días seguía vivo y estaba en la sala de reanimación, donde nos invitaron a pasar.

Y allí lo vimos entre los aparatos y enfermeras que lo cuidaban continuamente. El abría los ojos un poco, sonreía, los volvía a cerrar. Los abría, sonreía..., no se enteraba de nada. Hasta que pasado un rato me di cuenta de que hacía esfuerzos por fijar la vista y entonces le dije: «¡Padre! ¡Está usted aquí!». Y me respondió: «¿Dónde estoy?». «Aquí, en el hospital», le aclaré. Repite: «¿Dónde?». «En el hospital», insistí. Me preguntó entonces: «Pero... ¿No me he muerto?». Le dije que no, a lo que me respondió: «¡Vaya, hombre!... Y se enfadó. Os digo una cosa: cuando me miraba y sonreía era capaz de estar confundíendome con el arcángel san Gabriel, buscando detrás de mí las inmensidades siderales del cielo. Por eso, cuando le dije que no se había muerto se quedó el hombre contrariado. Tiempo después se lo recordaba, antes de que se muriera de verdad, y me confesó: «Es que me había hecho ya tanto a la idea de que me moría, y ya me había despedido de todos, que me dio una pereza muy grande tener que comenzar a vivir otra vez...».

¿QUÉ BUSCO EN ESTA VIDA?

Si nos adentramos en la Sagrada Escritura podremos entender muy bien qué es la muerte. Podemos, entonces, hacer varias preguntas que nos pueden indicar hasta qué punto vivimos bien el misterio de la muerte, porque lo mejor que podemos hacer es emplear la muerte como mirador. ¿En qué sentido? En el de mirar la vida desde la muerte, porque eso viene muy bien.

Uno se acerca hasta el extremo del mirador, sin pasarse, y desde allí mira la vida. ¡Y se ve muy bien! La gente que se está muriendo —los sacerdotes en eso tenemos cierta práctica, porque, gracias a Dios, atendemos a mucha gente cuando se está muriendo- habla de la vida de un modo muy distinto. Se nota muy bien cuando alguien se da cuenta de que se muere, porque entonces habla de la vida con un sentido mucho más cabal, mucho más profundo. Situados en esta perspectiva, creo que nos podríamos plantear una primera pregunta: ¿Qué busco en esta vida? Porque en ocasiones vivimos como si esta vida fuese eterna, como si aquí todo durara para siempre, es decir, toda la eternidad. Pero no es verdad. Todo acaba, todo: los títulos, los nombramientos, los cargos, el prestigio del profesor o de los libros que se escriben. ¡Y se vive como si todo esto fuese para siempre, duradero!

Me van a perdonar otra anécdota. En Alemania se vive con mucha seriedad lo de los títulos. Si uno es doctor, hay que dirigirse a él diciéndole Herr Doktor Müller. Si uno es profesor universitario, es porque es doctor y porque además ha obtenido una plaza. Entonces nos dirigiremos a él diciendo Herr Professor Doktor Müller. Y si uno tiene dos doctorados hay que llamarle Herr Professor Doktor Doktor Müller. ¡Hay que llamarle así! ¡Si no, sería como insultarle! Si uno, además, ha obtenido una habilitación, que es un permiso para impartir clases en lugares públicos, entonces le tendremos que llamar Herr Professor Doktor Hab. Doktor Müller. ¡Y hay tarjetas de visita que son casi un desplegable, en las que al final se encuentra el nombre!

Pues bien: conocía en Alemania a un Deutsche Professor de Filosofía y Teología (el cual..., también se ha muerto, ¡qué vamos a hacerle!), a quien le descubrieron un tumor cerebral. La cosa no era broma. La anécdota que voy a contar se refiere a la primera vez que le operaron, porque la segunda, nuestro Señor Jesucristo decidió que se lo llevaba para siempre. Tras la primera operación salió bastante «perjudicado». Nunca me han operado de un tumor, pero supongo que, tras hurgarte en la cabeza, tiene que salir uno bastante mareado y no sé si sería capaz de decir dos cosas, una detrás de otra. Cuando el Herr Professor salió de la operación y le llevaban hacia la UCI, la enfermera le dijo que había ido todo muy bien. Cuando la enfermera salió fuera de Cuidados Intensivos, le pregunté por el profesor Müller. «¿Qué?, ¿cómo está?». Me respondió: «Pues perfectamente. Fíjese que yo no sabía quién era. Sólo sabía que se apellidaba Müller. Y cuando le dije "Herr Müller, ha salido muy bien de la operación", en ese momento, el paciente, haciendo un esfuerzo titánico, abrió los ojos, incorporó la cabeza y dijo, puntualizando: "Herr Professor Doktor Doktor Müller"». Es decir: «Estaré medio muerto, pero a mí que no me quiten un título ni de broma». ¿Por qué digo esto? Porque a veces vivimos en la tierra como si esto fuese eterno. Como si uno fuese a ser para siempre el Herr Professor Doktor Doktor Müller. Vuelvo al tema.

¿Qué busco en esta vida? Para responder a esta pregunta voy a leer unos textos del Evangelio. Así dice el Señor: «Las tierras de un hombre rico dieron una gran cosecha. Él se puso a echar cálculos: "¿Qué hago? No tengo dónde almacenarla". Entonces se dijo: "Voy a hacer lo siguiente: Derribaré mis graneros, construiré otros más grandes y almacenaré allí todo mi grano y mis provisiones". Luego podré decirme: "Amigo, tienes muchas provisiones en reserva para muchos años: descansa, come, bebe y date a la buena vida". Pero Dios le dijo: "Insensato, esta misma noche te van a reclamar la vida. Lo que tienes preparado, ¿para quién va a ser?". Eso le pasa al que amontona riquezas para sí y no es rico para con Dios» (Lc 12,20-31).

El segundo texto dice: «Dijo a sus discípulos: "Por eso os digo: No andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo: no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas? Por lo demás, ¿quién de vosotros puede, por más que se preocupe, añadir un solo codo a la medida de su vida? Y del vestido, ¿por qué preocuparos? Observad los lirios del campo, cómo crecen; no se fatigan, ni hilan. Pero yo os digo que ni Salomón, en toda su gloria, se vistió como uno de ellos. Pues si a la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa al horno, Dios

así la viste, ¿no lo hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe? No andéis, pues, preocupados diciendo: ¿Qué vamos a comer?, ¿qué vamos a beber?, ¿con qué vamos a vestirnos? Que por todas esas cosas se afanan los gentiles; pues ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso. Buscad primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura"» (Mt 6,25-33).

¿Qué busco en esta vida? ¿Qué es lo que realmente busco? Este es el termómetro de la vida. Dependiendo de lo que uno busque, tiene que abrir esta página del Evangelio y ver si uno cabe dentro de esto. Pero que Dios te diga «¡insensato!» es un poco fuerte. ¿Quién es insensato? El que no se da cuenta de que se va a morir, quien piensa que va a vivir eternamente. En realidad, cualquier problema que tengamos va a durar, como mucho, vamos a poner que sesenta años, que no es mucho. América se descubrió hace ya quinientos años, de modo que desde el Descubrimiento hasta ahora..., nos habría dado tiempo a morirnos hasta siete u ocho veces. Por eso, cuando alguno dice: «Si viviera cuatro añitos más...». ¡Qué más da! Si esta vida va a terminar acabándose de todas maneras.

¿Qué busco yo en esta vida? Pues más vale buscar el reino de Dios y su justicia. Todo lo demás se acaba, realmente se acaba. ¿Para qué vamos a atesorar? ¡Ateorar tesoros en el cielo! Es lo único que vale. Así que cuando tengamos la ocasión de enviar algo al cielo hay que enviarlo, porque allí no hay crisis económica ni de ningún tipo. Allí todo se revaloriza y dura para siempre.

¿QUÉ ME PREOCUPA?

La segunda pregunta que nos podemos hacer podría ser: ¿Qué me preocupa? Vamos a abrir el Evangelio para que el Señor nos responda a esto. Vamos al texto de Mateo 10, 28: «No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien a aquel que puede llevar a la perdición alma y cuerpo en la gehena».

¿A quién debo temer? Al que nos puede hacer perder la caridad, la caridad con todo lo que hay detrás, es decir, todas las virtudes, pues la caridad es la cumbre de todas las virtudes. Hay que temer a quien pueda robarnos a Dios del alma. Nada más. Todo lo demás es relativo. Sólo esto es importante.

El padre Luli, en la época en que le sometían a todo tipo de torturas, cuenta que su carcelero se desesperaba porque no cedía: lo que en el fondo querían es que renunciara a la fe. Y un día el P. Luli le contestó diciendo: «Mire, usted me podrá quitar todo, hasta la vida, pero hay algo que en la vida podrá quitarme, que es el amor que Dios me ha pedido que le tenga a usted». Imagino que el carcelero se volvería loco, porque la respuesta del sacerdote mártir rompía totalmente su lógica.

¿Qué es lo que nos preocupa en la vida? ¿Realmente nos preocupa aquello que nos pueda robar el alma? Esto es lo importante. Lo demás, aunque pueda parecer muy importante, es secundario.

Hace un ratito me ha llamado -se lo cuento para, de paso, pedirles oraciones— un obispo iberoamericano. Es un hombre estupendo... Está perseguido, amenazado de muerte. Conozco su diócesis. Hace poco tiempo me llevó a un pueblo a ver una iglesia preciosa que están construyendo sus propios habitantes. Es una especie de basílica, bonita, enorme, toda ella construida en madera tallada. ¡Preciosa! Pues esta mañana me ha llamado para decirme que durante la pasada madrugada ha ardido totalmente por un cortocircuito. Y me ha dicho: «Están desolados en el pueblo. Yo estaba fuera, en una reunión de la Conferencia Episcopal, pero me vuelvo para estar con ellos». Le dije que estaba con una comunidad, y él me dijo: «Pues pídele oraciones, porque para esta gente que se dedica a construir su propia iglesia, esto es sufrimiento tras sufrimiento». Pero también me decía: «Sólo hay una cosa que sé segura: que es voluntad de Dios. O Dios querrá sacar de esto muchos bienes o querrá decirnos de nuevo que no nos

apeguemos ni a estos templos materiales, porque lo único importante es el Amor de Dios». Pues ya está dicho: recemos por ellos, porque estas cosas son importantes, y también por este obispo amenazado de muerte por predicar el Evangelio.

En resumen, la segunda pregunta era: ¿Qué me preocupa? Dependiendo de cuáles sean mis preocupaciones, sabré qué llena mi vida y mi corazón.

¿QUÉ SIGNIFICA PARA MÍ «VIVIR»?

¿QUÉ SIGNIFICA «MORIR»?

La tercera pregunta que nos podemos hacer esta tarde es: ¿Qué significa para mí «vivir» y qué significa para mí «morir»?

¿Qué significa para mí vivir? La respuesta nos la ofrece san Pablo al comienzo de la Carta a los filipenses: «Para mí, vivir es Cristo y una ganancia el morir. Pero si el vivir en la carne me supone trabajar con fruto un beneficio, entonces no sé qué escoger» (Flp 1,21).

Pero alguien podría decir: «Entonces vamos todos a morirnos». Pero Dios pide que trabajando también obtengamos frutos para que otros vivan, evangelizando, sosteniendo a la Iglesia con la oración. Que sea como Dios quiera. Me siento apremiado por los dos extremos: el deseo que tengo de morir para estar con Cristo -lo cual es, con diferencia, lo mejor-, o permanecer en la carne, que es más necesario para los otros. No debe preocuparme la vida para mí mismo, sino que si el Señor quiere que siga viviendo para poder seguir entregando mi vida a la Iglesia, quiero seguir viviendo. Y si el Señor quiere llevarme, que me lleve.

Esto tiene relación con lo que contaba san Ignacio de Antioquía. La vida de san Ignacio de Antioquía es fascinante. El siglo II, en la época de Trajano, fue un momento de fuertes persecuciones. Siendo Ignacio ya obispo de Antioquía, era acechado y le ocurrió lo que pasaba en las persecuciones: si eras cristiano y confesabas a Cristo, te mataban. Ahora, si renunciabas a confesar el nombre de Cristo, te soltaban. Así de sencillo. Te bastaba con decir que no eras cristiano y salías libre por la puerta. Confesabas que eras cristiano, y te mataban. Algunos de los cristianos que tenían mucho cariño a san Ignacio le decían: «Di algo para salvarte, que eres pero que no eres». Pero san Ignacio les escribe a los cristianos romanos una carta desde la cárcel, es decir, desde el «corredor de la muerte», porque estaba esperando a que lo ejecutaran. Y la ejecución de aquel momento no era de cualquier manera: te dejaban en el «ruedo» y soltaban los leones, que te devoraban. En su carta afirma: «De nada me servirán los confines del mundo ni los reinos de este siglo. Para mí es mejor morir para Jesucristo que reinar sobre los confines de la tierra. Busco a aquel que murió por nosotros. Quiero a aquel que resucitó por nosotros. Perdonadme, hermanos». Entonces hace un juego de palabras, cambiando diametralmente su sentido: «No impidáis que viva. No queráis que muera». «No impidáis que viva», es decir, no impidáis que me maten. «No queráis que muera», es decir, no queráis que renuncie a Cristo. «No entreguéis al mundo al que quiere ser de Dios ni le engaños con la materia. Dejadme alcanzar la luz pura. Cuando esto suceda, entonces seré verdaderamente hombre».

Esto ocurrió en muchos casos. Así sucedió más cerca de nosotros en el tiempo y en el espacio en un convento de religiosas en Madrid, donde hubo bastantes mártires. Cuando iban a llegar los milicianos, dijo la superiora a las hermanas: «No puedo forzar a que ninguna se quede aquí, de modo que quien quiera salir para ir a alguna casa de una vecina o familiar que se cambie y se ponga ropa de calle». De entre todas las hermanas, una se marchó arriba para hacerlo. Cuando llegaron los milicianos, se llevaron a todas las hermanas para matarlas, no sin antes registrar todas las celdas, estancias y pisos de la casa por si había alguien escondido. Cuando al registrar los pisos superiores la vieron a ella, sospecharon por el corte de pelo y le preguntaron: «¿No serás tú una de ellas?», cosa que al principio ella negó. Salió al balcón, como todos los vecinos, a ver cómo se las llevaban. Pero cuando arrancó el camión, no pudo soportarlo más y gritó: «Sí,

sí, soy una de ellas». Le ordenaron que bajase de la casa y la mataron allí mismo. Del tiro que le pegaron es testigo su crucifijo, atravesado por la bala, crucifijo que se conserva.

Las dos opciones que tengo son seguir viviendo habiendo dicho «no tengo que ver con ello» o morir. Lógicamente es muy duro, es una gracia de Dios el tener la fuerza para decir eso, pero es una forma de entender la vida a la luz de la muerte en Cristo.

¡Qué bonito ver así lo que significa vivir y lo que significa morir! Morir es morir en Cristo, porque vivir es vivir en Cristo y, por tanto, participar de su vida y de su muerte. Y su muerte es la puerta a la resurrección.

¿VIVO CON LA «HERMANA MUERTE»?

La última pregunta que nos podemos hacer es: ¿Y yo vivo con la «hermana muerte»? Es decir, ¿vivo con la presencia del hecho de la muerte? No es que todos los días haya que estar pensando sin parar en la muerte, pero es un acontecimiento que no se debe olvidar, y menos en unos Ejercicios. Sobre esto podemos tomar también un texto de san Pablo: «Os digo pues, hermanos, que el tiempo es corto. Por tanto, el que tiene mujer que viva como si no la tuviera; el que llora como si no llorara; el que está alegre, como si no lo estuviera; los que compran como si no poseyesen » (ICor 7,29).

No andéis apegados a lo de este mundo porque el tiempo es corto... el tiempo es corto... muy corto.

Puede ser hoy un buen momento para cristificar la muerte, es decir, para dar sentido a la muerte, para darle sentido sobrenatural.

EL JUICIO FINAL

Junto a la muerte, o en torno al tema de la muerte, está inseparable la cuestión de la vida eterna. Por tanto, conviene no separarlo, pues si pensamos en algo que es una puerta habrá que ver qué hay al otro lado. Esto lo trataremos más adelante, cuando hablemos del cielo. Pero hay otro aspecto fundamental que podemos considerar ahora junto a la muerte: el Juicio.

El Juicio final existe. En las Sagradas Escrituras se nos ha revelado. Sabemos que será un juicio de misericordia, es decir, que Dios es un Padre misericordioso y que Cristo es misericordia... Todo esto es verdad. Y también es verdad que es un momento en el que se pone en juego nuestra libertad.

Cristo es Juez, porque sólo puede ser juez quien tiene dominio sobre la historia humana. Así que el Juicio será el momento de la verdad, el acontecimiento en el que se harán patentes las consecuencias de nuestra libertad. Será el momento de la veracidad sobre nuestra vida, sobre los demás, sin podernos resistir a la verdad ante Dios. Por tanto, será el momento de la humildad, pues toda apariencias será rechazada. Así, decía León XIII: «Persuádetes en lo más íntimo que no hay en el mundo cosa más vana y ridícula que querer ser estimado por dotes que has recibido en préstamo de la gratuita liberalidad de tu Creador» (J. PECCI-LEÓN XIII, Práctica de la humildad, 2); y santa Teresa de Jesús decía que «el verdadero humilde siempre anda dudoso en virtudes propias, y muy ordinariamente le parecen más ciertas y de más valor las que ve en sus prójimos» (Camino de perfección, 38, 9).

Pero no hay que temer al Juicio. Nos lo dice san Juan: «En esto alcanza el amor su perfección en nosotros: en que tengamos confianza en el día del Juicio (...). En el amor no hay temor, sino que el amor perfecto arroja fuera el temor, porque el temor supone castigo, y el que teme no es perfecto en el amor» (1jn 4,17). ¡Dios es misericordioso! Y aunque todos nosotros podamos ser una calamidad, Dios es misericordia. Por ello, si vamos al cielo, desde luego no será porque uno

se lo ha ganado, sino porque Dios te lo regala. Ahora, eso sí, porque libremente hemos acogido el don de Dios.

Un día estaba confesando y me preguntó un niño si me podía contar un chiste. Le dije: «Hombre, no es el lugar». Pero él me dijo: «Es que tiene que ver con lo que me está diciendo». «Bueno, pues cuenta, cuenta». Y me contó un chiste que, por cierto, era un poco largo (¡y había gente esperando!), pero que tenía su gracia. Los chistes que se cuentan en confesión se pueden relatar, no son secretos de confesión porque no son pecados. Me dijo el niño: «¿Sabe usted lo del Juicio final y lo de la puntuación para entrar en el cielo? Porque ha de saber usted que para entrar en el cielo, al parecer, hace falta alcanzar 1.000 puntos». «Vaya, no sabía eso de los puntos», le dije sonriendo. «Sí, sí. Y cuando llegas al cielo está fenomenal porque te recibe san Pedro y te dice: "Vete diciéndome todo lo bueno que has hecho en tu vida y vamos sumando. Cuando llegues a

mil puntos, entras". "Muy bien. Pues... yo he ido a Misa todos los días de diario desde que tengo quince años". Entonces san Pedro saca una calculadora enorme, teclea un rato y sale la puntuación: ¡medio punto! "Bueno, pues también he rezado rosarios... incontables. Tengo hasta desgastados no sé ni cuántos rosarios". "Calcula cuántos —dice

san Pedro-. ¿Cien mil rosarios?". "Hombre, me parece un poco exagerado, pero démoslo por bueno y calculemos". De nuevo toma la calculadora y teclea hasta obtener el resultado: 0,75 puntos (sumado ya a lo anterior). "Pues me he flagelado tanto..., que tengo la espalda como un colador. Me he flagelado muchísimo". De nuevo la calculadora ofrece su resultado: 0,80 puntos. ¡Y hay que llegar a mil puntos! "Pues también me he leído todas las vidas de santos, incluida la del Cura de Ars, hacia delante, hacia atrás, en español, inglés, italiano y chino". Calculadora: 0,90 puntos. Entonces comenzó a ponerse nervioso. Pensaba: "Aquí, aunque diga toda mi vida en verso, es que no llego ni a dos puntos". Cuando ya llevaba cinco horas hablando, y ya no sabía qué inventarse, se angustia, se tira al suelo y dice: "No, no, esto es imposible. Señor: o me metes tú, o yo no puedo entrar. Y en ese momento suena la campana: ¡1.000 puntos! Para dentro». O sea, que entra en el cielo quien reconoce que «te meten». No que te metes, sino que te meten.

Es decir, te tienen esperando hasta que te dicen: «Oye, ¿tú qué has hecho?». Y contestas: «Yo nada, soy una calamidad, pero si quieres me puedes llevar». Claro que no hay que tener caradura, porque es verdad que también es necesario acoger la Gracia de Dios. No se trata de abandonarse y decir: «Pues nada, a partir de ahora todo el día jugando a los bolos». No.

En conclusión: es muy importante darnos cuenta de hasta qué punto en el Juicio final no se trata tanto de ver lo que yo he hecho, sino de si he recibido los regalos que Dios me ha dado, si he querido acoger todos los dones que Dios me ha regalado y, segundo, si realmente he servido a Cristo, si he estado con él sirviéndole. Por eso, un texto bonito que podríamos recordar para meditar sobre esto es el de Mt 25,31-45. ¡A mí me encanta! (¡Y tiene su gracia!):

«Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, acompañado de todos sus ángeles, se sentará en el Trono de gloria. Serán convocadas ante él todas las naciones y él separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. Pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. Entonces dirá el rey a los de su derecha: "Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo". (Esto tiene mucha gracia, al menos si estás en el lado de las ovejas, porque si estás en el lado de los cabritos, ya sabes que no eres de los elegidos y estás temblando. Pero si estás del lado de las ovejas, escuchas:) "Venid, porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel y acudisteis a verme"».

Aquí aparece un insensato en la parábola que, despistado, le protesta al rey diciéndole:

«¿Cuándo te vimos hambriento, sediento, desnudo...? », como queriéndole decir: «Yo creo que te has equivocado, porque yo nunca te he visto ni hambriento, ni sediento, ni nada». Y continúa la parábola: «Y el Rey les dirá: "En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos

míos más pequeños, a mí me lo hicisteis"». Es decir, Cristo nos muestra hasta qué punto sirviendo a nuestros hermanos le servimos a él. Sirviendo, amando, queriendo, respetando a nuestros hermanos, servimos, amamos, queremos y respetamos a Cristo mismo.

A los de su izquierda, a los cabritos, les dirá: «Apartaos de mí, porque me habéis rechazado siempre». «Pero, ¿cuándo te hemos rechazado, si no te vimos?», protestarán. «Cada vez que rechazasteis a uno de estos, conmigo lo hicisteis».

Este es un buen momento para considerar el Juicio final y decir: «Señor, ¿yo qué soy? ¿Oveja?... ¿U otro animal... del zoológico?». Conviene mirarse al espejo del Evangelio y decir: «Señor, ¿realmente estoy sirviéndote a Ti? ¿Realmente vivo la caridad? ¿Realmente busco amarte en mis hermanos?». ¡Qué importante es la caridad! Porque, en última instancia, seremos juzgados en el amor. Ya hablaremos de ello. Y no es tan sencillo como parece. Pero como anticipo, hoy le pedimos al Señor que nos conceda intensamente vivir la caridad y ser contados entre sus ovejas. Y ya está. Pero que ni la predicación de la muerte ni la del Juicio final nos causen inquietud.

Es inevitable que en el caso de la muerte nos cause inquietud, porque si pensamos en la muerte, en la muerte como puerta a la Vida... ¡uno quiere morir se cuanto antes! Que a nadie le inquiete que le quede un tiempo todavía. ¡Qué vamos a hacerle! ¡Hay que esperar, tener paciencia! No todo puede ser inmediato. (Risas). Entonces... ¿Que a uno le inquieta mucho? Pues serenidad, esperar y buscar al Señor. No hay más remedio, no podemos adelantarle. No nos está permitido. Pero es natural que a uno le quite un poco el sueño el acontecimiento de la muerte cuando piensa: «Señor, es que veo que no acaba de llegar».

TRANQUILIDAD. LLEGARÁ CUANDO TENGA QUE LLEGAR.

Y acabo contándoos el curioso caso de una señora de mi parroquia que es la única sobre la que algunos albergan dudas de si es mortal, porque... tiene 103 años y va todos los domingos a Misa con su hermana, que tiene 100. La de cien falta de vez en cuando, pero suelen ir las dos. Van con su bastoncito, pero van muy bien. La de cien a veces falla: ¡se constipa la pobre, claro, está un poco mayor! Pero la que no falta nunca es la mayor. Y a veces le pregunto: «¿Y su hermana, dónde está?». «Otra vez en la cama -me dice-, y dice que se encuentra mayor. Pero yo le digo: ¡Ya tendrás mi edad, ya tendrás mi edad!». Pues cuando la de 103 iba a cumplir los cien, entró en la sacristía y, como se sabe de memoria los días, meses y años que tiene (es una calculadora viviente), me dijo: «Padre, en agosto cumplo cien años». Y le contesté: «¡Esto es una maravilla! ¡Hay que celebrarlo!». Y me dijo con voz un poco triste: «No, padre, ya no estaré aquí». «Sí, mujer, ya verá como sí», la animé. «No, padre —me contestó con firmeza-, estaré en el pueblo». En su calendario no está previsto, no entra la muerte «ni con calzador». Jamás me ha dicho eso de: «¡Cualquier día...!». ¡Qué va! Es decir, que si yo quedo con ella para dentro de tres años, lo apunta en su agenda. No tiene ningún problema. Es un caso único. Ya les pondré al día si la cosa cambia.

Y termino reiterando que si esta meditación a alguna le causa inquietud, le pido paciencia y que le diga al Señor: «Señor, ven cuanto antes». Pero no podemos hacer nada por adelantarle. Y le pedimos a la Virgen María, como siempre, y también a san José, que nos ayude a tener una buena y santa muerte, puerta al gozo de la Comunión.